

A LOS SEÑORES DE LA PRENSA

Propaganda gratuita de
buenas lecturas para
el pueblo.



MAS

SOBRE

LA RELIGION

II

FEBRERO — 1892



P.C. I

Guzmán

BL48
M3
1892
c. 1

63

BL48

M3

1892

C. 1

2263



1080024729



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

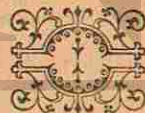
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL APOSTOLADO DE LA PRENSA

II

(TERCERA EDICIÓN)

MÁS
SOBRE LA RELIGIÓN



MADRID

IMP. DE LA SOC. EDIT. DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, núm. 1.—Teléf. 4.181

1892

1348

43

1892



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

125263



MÁS SOBRE LA RELIGIÓN

I

La Religión pasó de moda.

No soy aficionado á entrar en cafés, ni en casinos. Me encanta y enamora la vida de familia, y tengo para mí que el casino es la muerte del hogar doméstico, así como el amor ilícito y prohibido es la ruina del purísimo amor de la esposa y de los hijos.

Es cosa averiguada: el hombre que está muy á gusto en el café ó en la taberna, y allí mata el tiempo á fuerza de sabrosos tragos, está de monos en su casa y dado á todos los demonios, y allí mata á su pobre-cita mujer á fuerza de disgustos y de tragos amarguísimos. En el frontispicio de todos esos emporios de la civilización del día ha-

1348

43

1892



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

125263



MÁS SOBRE LA RELIGIÓN

I

La Religión pasó de moda.

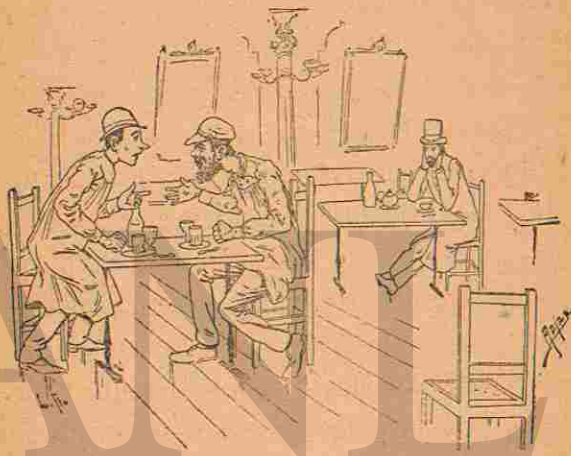
No soy aficionado á entrar en cafés, ni en casinos. Me encanta y enamora la vida de familia, y tengo para mí que el casino es la muerte del hogar doméstico, así como el amor ilícito y prohibido es la ruina del purísimo amor de la esposa y de los hijos.

Es cosa averiguada: el hombre que está muy á gusto en el café ó en la taberna, y allí mata el tiempo á fuerza de sabrosos tragos, está de monos en su casa y dado á todos los demonios, y allí mata á su pobre-cita mujer á fuerza de disgustos y de tragos amarguísimos. En el frontispicio de todos esos emporios de la civilización del día ha-

bría que escribir : «Esto ha matado á aquello.» Esto es el casino, el café, la taberna, el despilfarro y la francachela ; aquello la casa, la economía, el amor á la familia y á la vida doméstica, dulcísimo entretenimiento de nuestros mayores.

AL Pero, en fin, que tuve que entrar un día en un café á esperar á un buen amigo. Sabida cosa es que por pocos céntimos adquiere uno allí el derecho de disfrutar de mullidos asientos, de mirarse en espejos riquísimos, de leer toda clase de periódicos á los esplendores de la luz eléctrica, de sorber y saborear lentamente una tacita de licor de Moka más ó menos auténtico, de esperar á un amigo, de creerse, en medio de tanta grandeza, por algunas horas un gran señor, y luego... el derecho de aburrirse y darse á todos los diablos, y desesperarse al volver á casa y encontrar, si de un pobre obrero se trata, un candil en vez de bronceadas lámparas, polvo y telarañas por todo cortinaje, y una silla coja, y á lo más una mesa manca, en vez de mármoles y de divanes. Algunos obreros había allí gastando en pocos momentos el jornal de todo el día.

Mientras llegaba mi amigo, pedí la consabida taza de café. Púseme á saborearla, pero á los pocos instantes interrumpí la operación, vivamente excitada mi curiosidad por una escena sencilla pero intere-



Gastando en pocos momentos el jornal de todo el día. sante para mí, y que tenía lugar muy cerca de mi mesita de mármol.

Dialogaban con viveza y energía dos que parecían obreros, y que ocupaban dos asientos contiguos al mío. Aun sin deseo de escuchar su conversación, imposible evitarlo. Es costumbre entre ellos hablar siempre de modo que los oigan los sordos.

Los dos vestían blusa, y tenían cara de

buenos y de honrados. Sobre todo el más viejo ó menos joven parecía un San José bendito, á no verlo en sitios y lugares adonde no hubiera entrado San José. Ignoro por qué había entrado allí el tal obrero, pero sí certifico de que su aspecto noble, franco y limpio, sus modales cultos y finísimos para su clase, su manera de expresarse, que revelaba instrucción no común entre los suyos, hacían de él un tipo sumamente simpático, y casi me atrevería á decir que el ideal del obrero cristiano.

El otro no era antipático tampoco. Al través de sus ideas, que no eran suyas, y á veces de sus palabrotas brutales y enérgicas interjecciones, se veía ese fondo de honradez y de hombría de bien, tan común todavía entre nuestros obreros, á pesar de tantos inmundos papeluchos y elementos empañados en convertirlos en furias del averno. Púsememe con disimulo á escucharlos, y pude coger lo que copio. Decía el más joven:

—Mira, chico; desengáñate de una vez para siempre, y no me vengas hoy con tus sermones de cajón, que me parece á mí que tú naciste más para vestir capucha,

calarte el solideo y manejar el hisopo, las vinajeras ó la campanilla, que para andar de blusa y alpargatas, y habértelas con los telares y la lanzadera. Déjame á mí con la mía, y no me hables más de tus frailerías y beaterios, que eso de la Religión es cosa que huele ya á puchero enfermo, y, chico, no te enfades, casi casi me apesta. Por más que tú lo sientas y cuatro santurrones como tú, estamos en otros tiempos muy distintos de esos de Mari-castañas, en que tú vives como un bienaventurado. Lo dicen todos los días y en letras de molde, figúrate tú, *El Motín* y *Las Dominicales*, que saben lo que se pescan. La Religión se va, se va, chico, ó mejor dicho se fué; es asunto concluído. ¿Quién hace caso de ella? Las beatas incasables, las monjas y los frailes, y, claro es, los curas.

¿Con qué cocerían la olla las gentes de sotana si se apagase el fuego del Purgatorio?...

Pero los hombres serios... vamos, nos reímos de eso... La moda se impone... La moda es la reina del siglo XIX. ¿No es así? Pues bien: la Religión pasó de moda: la moda de hoy es la libertad y el libre pensamiento...

—Hombre, hombre, ¿sabes que discu-

rres hoy como un libro escrito... por el mismísimo demonio? Pero digo mal: tú no discurre; ése es un lujo que tus facultades no te permiten. Te contentas con repetir lo que oyes en esos maldecidos clubs, que ponen tu cabeza como olla de grillos, á cuatro badulaques que así entienden de Religión como yo de hacer dibujos...

— Entenderán ó no entenderán, que sobre eso habría mucho que decir. Pero tú no me podrás negar que lo que hoy priva es el comercio, la industria, y, sobre todo, ver de pasar estos cuatro días lo mejor que se pueda, y caiga el que caiga.

Y si no, echa una ojeada por todo el mundo. Fábricas, cuarteles, Bolsas, Bancos, ferrocarriles, toda clase de empresas y de adelantos. En todo eso se ocupan y se agitan los hombres; vé á los cafés, á los casinos, á los teatros, á cualquier parte en donde se gane ó se goce; no se cabe de pies. Escucha lo que hablan... El comercio, la política, el placer... Ni la Religión, ni Dios, existe para ellos, á lo más para despreciarlos y burlarse de esas cosas como de una antigualla que pasó... ¿Quién se acuer-

da de esas tontunas?... Nada, Pepe, lo que tiene importancia aquí es ponerse ricos, sea como sea, y luego...

— Y luego que nos parta un rayo. Pero, Pablo, vosotros discurrís como discurrirían los caballos, los perros y los gatos... si discurrieran. No discurrís; habláis como si no tuvieseis más que materia y cuerpo sin alma; como si eternamente hubiéramos de vivir aquí abajo; como si más allá de la muerte no hubiese nada, ni siquiera un Juez que nos espera á todos para dar á cada cual su merecido; como si no hubiera muerte, juicio, infierno y gloria...

— Siga su sermón el Padre. ¿A que no aciertas en qué te pareces á un capuchino?

— Te contestaré con un cuento, ó mejor con un sucedido. Viajaban en el mismo coche de un tren un Obispo y un librepensador. Éste, tan libre de lengua como de ideas, se atrevió á decir al Prelado: «Perdóneme Su Ilustrísima. Pero, ¿á que no me acierta en qué se parece un Obispo á un burro? No se desconcertó el Obispo ante semejante... par de coces, y le contestó sin inmutarse:— Mire Ud., nunca he pensado

en tales agudezas; pero debe ser algo así... como aquello en lo que yo que soy Obispo me parezca á Ud... No entendió la *indirecta* el ateo... y prosiguió triunfante... — Pues yo se lo voy á decir á Su Ilustrísima... Se parecen en que los Obispos llevan la cruz en el pecho y los burros en la espalda.—Perfectamente bien, — dijo el Prelado; — y sobre todo me espanta la finura del chiste. Ahora me toca á mí poner el acertijo. ¿Á que no me dice Ud. en qué se diferencia un burro de un ateo? Quedóse pensativo el hereje... No caigo, señor Obispo...—¿Es decir que no ve Ud. la diferencia?... Pues ni yo tampoco, replicó el Prelado, dejando al libre pensador pegadito á la pared y más quemado que una guindilla.»

— Pues eso te digo yo á ti, caramba; que no veo diferencia entre ti y un Padre capuchinó. ¿Estás, Pepe?

— Y ojalá no la hubiese. Pero hay muchísima. Lo sabes como yo. No soy ni capuchino, ni jesuíta, ni tengo nada de fraile ni de cura. Soy un obrero como tú, vivo de mi sudor como tú, me gusta en mis ratos de ocio ilustrarme y leer, y en vez de pasar

las horas muertas como tú, y cien mil como tú, en la taberna y en el club, donde os calentáis con el vino y los discursos la sesera, y gastáis en una noche el jornal de una semana, gusto más de comprar con mis ahorrillos libros sanos, morales y substanciosos, que me enseñan á ser instruído entre los míos, y, sobre todo, á ser honrado y á probar que un obrero, para ser bueno, necesita ser buen cristiano.

—¿Y qué más has aprendido en esos misales que ya te sabrás de memoria?

—Entre otras cosas, que lo que decías hace poco es una solemne majadería. Porque tú discurrías así. La Religión pasó ya de moda... luego es una paparrucha ó cosa así... luego no es verdad, ni hay que hacerle caso. ¿Es eso lo que tú decías? ¿He entendido bien tu dificultad, Pablo?

—Has dado en el clavo, y á ver cómo me aclaras eso, que está turbio.

—Pues mira, chico, para averiguar si una cosa es ó no verdad, no suele ser el mejor criterio estudiar si está ó no está de moda. De moda está en muchas partes el ser bribones, usureros, borrachos y libertinos,

y de ahí para arriba...; y no creo que tú vayas por eso á constituirte en panegirista del vicio, y á decir que la honradez es una filsa porque no encuentres un hombre honrado ó que no sea un tuno por un ojo de la cara.

¿Qué tiene que ver la moda con la verdad y con el verdadero valor que tienen en sí mismas las cosas? ¿Ó es que tú crees que si un día se pusiera de moda rebuznar ó andar á cuatro patas, ó decir que dos y dos eran cinco, tendríamos que convertirnos en cuadrúpedos, y decir que, en efecto, dos y dos no son cuatro?

Precisamente la verdad y la importancia de las cosas suelen andar á la greña con la maldita moda. ¿Qué es la moda? Lo ridículo, lo absurdo y lo tonto. Entre los señorones, los gorgoritos de los cómicos, músicos y danzantes, las suertes de los toreros, las tijeras del sastre, las pomaditas del peluquero..., y lo demás y peor que tú sabes, y que los trae á ellos tronados y sin un real y perdido al mundo. Y entre el pueblo, lo más irracional, lo más estúpido, eso es lo que vale... En Madrid estaba yo cuando

enterraron á una muchacha que no tuvo más habilidad ni más virtudes que haber sido una perdida y madre á los trece años. Tuvo un entierro como una reina.

¿Y no has oído hablar del perro *Paco*?

— Hombre, Pacos célebres conozco por los papeles...; pero al perro *Paco*...

— Pues un perrito que, por sus habilidades en la Plaza de Toros, llegó á ser más célebre que un ministro... ¿Y no has visto á los títeres esos, que se llaman capitanes no sé de qué, dar volteretas en el aire? Se despuebla el mundo por verlos. ¿Y tienen esos señores mucha importancia? Ni pizca, Pablo, ni pizca; y si tú examinas despacio las cosas, te convencerás de que á la verdad es lo único á que el mundo no da valor, y para que corra mucho una cosa y haya muchos que la crean y la defiendan, es preciso que sea una patochada y estu-penda barbaridad.

Ya no soy niño, y estoy persuadido de que para un hombre que tenga sentido común hay mil que en vez de cabeza llevan una soberbia calabaza, que sólo les sirve para calarse el sombrero si lo tienen...

— Durillo está el sermoncito, Pepe de mi alma, pero veo que no te falta...

— No me falta, no, sino que me sobra la razón... Pero hay más...

— ¿Más todavía, caramba? Acaba pronto, que cuando tú te subes al púlpito...

— Sí, hay más, y es que yo te niego por completo que la Religión no está de moda en el sentido en que tú lo dices, esto es, en el sentido de que ya sea cosa de beatas viejas, y de curas y frailes, y que nadie en el mundo haga caso de ella. ¿Estamos?

— Sí, pero por San Job bendito que acabes pronto..., que tengo que hacer.

— Si la Religión es cosa pasada, ¿para qué estáis siempre hablando de ella? ¿Para qué es el tema obligado de vuestros discursos de energúmenos en los liceos, clubs y logias? Si está muerta, ¿por qué os espanta y os enfurecéis contra ella? Si no tiene importancia alguna, ¿por qué la hacéis tanto caso que no parece sino que tenéis siempre un cura ó un fraile montado sobre las narices? Si está muerta, repito, ¿por qué la queréis matar?...

¡Ah, Pablo, Pablo! Confiesa aquí inge-

nuamente que si ha pasado de moda en el sentido de que muchos no vais jamás á la iglesia, y no tenéis de cristianos más que el bautismo, no ha pasado en el sentido de que se haya descubierto que sea una paparrucha. No; no ha pasado, Pablo, y su recuerdo, las verdades que os predica, son la espinilla que traéis clavada en el corazón, el remordimiento que no os deja sosegar. Y os da en rostro todo lo que huele á Religión, porque no os deja descansar en la espantosa tranquilidad del vicio, que es la tranquilidad que vosotros ambicionáis. Os molesta porque os reprende y amenaza, y os condena con sus doctrinas y sus ejemplos. Y no tenéis más argumento en contra.

Y como tú eres de los que se imaginan que todo lo que está en letras de molde, como tus perversos periódicos, es artículo de fe, para que no creas que lo que te he dicho es fruto de mi mollera, te voy á leer un trocito de un libro que viene aquí de molde, y parece escrito para ti. Oye.

Y aquí el fervoroso obrero, sin miedos ni respetos humanos, sacó un librito de muy pocas páginas, pero de mucha doctrina, y

leyó con varonil entonación lo siguiente :

«Decías tú : Nadie da importancia á las cuestiones de Religión , nadie piensa en eso. Toda la atención la roban los intereses ma-



El fervoroso obrero leyó con varonil entonación.

teriales , únicos positivos. El mundo es positivista. Te he hecho ver que , aunque esto fuese verdad , no probaría lo que tú supones. Pero no , no lo es ; no es verdad lo que tú te figuras ; no es verdad que nadie se ocupe de Religión ; no es verdad que nadie piense en ella más que los viejos , curas

y mujeres. Es falso que el mundo se ocupe sólo de intereses materiales. En esto , como en todo , cada uno ve los objetos del color de sus anteojos. Eres indiferente , y lo ves todo del color de la indiferencia. Es preciso que te desengañes , Juan ; para el mundo , en el siglo XIX , son cuestiones de primera importancia las de Religión.

—»Tú dirás : por mi parte no lo veo así , y dudo me convenzas.

—»Sí , amigo mío ; lo diré , y espero convencerte con tal que te pongas de buena fe. Sígueme en un paseo que juntos vamos á dar por el mundo entero , sin movernos , por supuesto , de este sitio. ¿ Qué es lo que trae revueltos los pueblos , y mohina hoy día á la diplomacia europea ? Poca cosa si bien se mira. Una mera cuestión religiosa. La del Pontificado. Unos para acabar con él , otros para defenderle , todos andan á vueltas con el Papa y con la cuestión de Roma. El mundo está conmovido por esta sola cuestión. Es cuestión religiosa. ¿ Tienen ó no importancia en este siglo las cuestiones de Religión ?

»¿ Has seguido con interés la marcha del Parlamento español en estos últimos años

»¿Cuáles han sido las sesiones más bo-
rrascosas? ¿Sobre qué puntos se han pro-
nunciado los discursos más elocuentes y las
más fieras inectivas? ¿Cuándo estuvieron
más llenas las públicas tribunas? Repáralo
bien: cuando se ha tratado una cuestión re-
ligiosa. Recuerda los debates sobre la liber-
tad de cultos. Si no la hubiesen creído de
importancia, no la hubieran tratado con
empeño. Dime ahora: ¿tienen ó no importan-
cia en nuestro siglo las cuestiones religiosas?

»Supongo que lees periódicos. Buenos ó
malos, no hay uno de ellos que no trate
cada día de Religión. ¿Por qué se ocupan de
ella hasta los ateos? Porque dan, sin duda,
mucha importancia á este asunto. ¿Se ocu-
pan de los negocios del emperador de la
China? No, porque nada les importan. Lue-
go, aun en nuestro siglo y entre ateos, tie-
nen importancia las cuestiones religiosas.

»Éntrate en una imprenta ó tienda de li-
bros. Recorre aquellos estantes y almace-
nes. Obras de ciencias, artes, letras, diver-
sión, etc., etc. Pero un sesenta por ciento
de aquellas obras son obras de Religión.
Obras combatiéndola, obras defendiéndola,

obras recomendándola ó explicándola; ma-
nuales de piedad, ejercicios devotos... ¿Por
qué invierten su capital los libreros en tan
abundante surtido de obras religiosas? Cla-
ro; porque esto, te responderán, es lo que
se vende. Pregúntaselo á un librero. Te dirá
que las obras que tienen más salida son las
obras de Religión. ¿Tiene ó no importancia
en este siglo la Religión?

»¿Has viajado poco ó mucho? Pues mira:
en nada se ocupan tanto las artes como en
asuntos de Religión. La Escultura vive prin-
cipalmente trabajando sobre asuntos reli-
giosos; la Pintura no cesa de dar cuadros y
más cuadros sobre Religión; la Arquitectura
se ve obligada á citar á cada paso, como los
mejores modelos, los edificios religiosos. La
Religión da vida, aun hoy, á todos los ar-
tistas. ¿Tiene ó no tiene importancia en este
siglo la Religión?

»Entra en academias y ateneos. Apenas
aciertan sus individuos á tratar otros pun-
tos que los puntos religiosos ó ligados con
la Religión. Entra en los clubs: el ciuda-
dano orador más habla en ellos de los curas
y de la Religión que de la república. Escu-

cha las conversaciones del taller. No hay grupo de trabajadores que no trate cien veces al día de estas materias. Hasta los romances de ciego hablan de Religión. Hasta en las cajitas de fósforos se ponen ataques contra la Religión. No puedo dar un paso sin que me salga al encuentro una cuestión religiosa. De suerte que entre los siglos de polémica religiosa figurará indudablemente como el principal nuestro siglo XIX. Y ¿te atreverás aún á suponer que no tienen importancia para nuestro siglo las cosas de Religión? ¿En qué se conoce, pues, la importancia de una cosa, sino en que se ocupen todos los entendimientos de ella, y hablen de ella todos los libros, y la revuelvan á derecha é izquierda todos los periódicos?

» De suerte que, mirando las cosas sin pasión y como son en sí, hallaremos que, por mucha que sea la tibieza y flojedad de muchos hombres tocante á las prácticas religiosas, nunca tal vez hubo menos *indiferentes* que hoy día. Hoy casi todos han tomado ya un partido, unos en pro y otros en contra; nadie se contenta con mirar tranquilamente la lucha; apenas hay más

que amigos y enemigos. ¿Y dirás que no se da importancia á la Religión?

»Nuestro siglo da, pues, mucha, mucha importancia á estas materias, y es lástima no se las des tú también como debieras ¹. »

La voz poderosa, y más aún la convicción profunda con que el católico afirmaba sus convicciones, habían avasallado por completo á aquel frívolo y abigarrado auditorio. Muchos de los concurrentes se agruparon alrededor de él, le oían con atención y respeto, y yo me marché diciendo para mí que así como los malos periódicos son la perdición del pobre pueblo, así hace una gran obra de misericordia el que por medio de buenos libros proporciona un antídoto á los ignorantes, pervertidos, envenenados, desmoralizados y engañados por las malas lecturas.

II

Si es verdad que la Religión sólo sirve para las mujeres.

VALIENTE majadería! ¿Si habrán descubierto esos señores que sólo las mujeres tienen alma inmortal, y que los

¹ SARDÁ: *Biblioteca ligera*.

cha las conversaciones del taller. No hay grupo de trabajadores que no trate cien veces al día de estas materias. Hasta los romances de ciego hablan de Religión. Hasta en las cajitas de fósforos se ponen ataques contra la Religión. No puedo dar un paso sin que me salga al encuentro una cuestión religiosa. De suerte que entre los siglos de polémica religiosa figurará indudablemente como el principal nuestro siglo XIX. Y ¿te atreverás aún á suponer que no tienen importancia para nuestro siglo las cosas de Religión? ¿En qué se conoce, pues, la importancia de una cosa, sino en que se ocupen todos los entendimientos de ella, y hablen de ella todos los libros, y la revuelvan á derecha é izquierda todos los periódicos?

» De suerte que, mirando las cosas sin pasión y como son en sí, hallaremos que, por mucha que sea la tibieza y flojedad de muchos hombres tocante á las prácticas religiosas, nunca tal vez hubo menos *indiferentes* que hoy día. Hoy casi todos han tomado ya un partido, unos en pro y otros en contra; nadie se contenta con mirar tranquilamente la lucha; apenas hay más

que amigos y enemigos. ¿Y dirás que no se da importancia á la Religión?

»Nuestro siglo da, pues, mucha, mucha importancia á estas materias, y es lástima no se las des tú también como debieras ¹. »

La voz poderosa, y más aún la convicción profunda con que el católico afirmaba sus convicciones, habían avasallado por completo á aquel frívolo y abigarrado auditorio. Muchos de los concurrentes se agruparon alrededor de él, le oían con atención y respeto, y yo me marché diciendo para mí que así como los malos periódicos son la perdición del pobre pueblo, así hace una gran obra de misericordia el que por medio de buenos libros proporciona un antídoto á los ignorantes, pervertidos, envenenados, desmoralizados y engañados por las malas lecturas.

II

Si es verdad que la Religión sólo sirve para las mujeres.

VALIENTE majadería! ¿Si habrán descubierto esos señores que sólo las mujeres tienen alma inmortal, y que los

¹ SARDÁ: *Biblioteca ligera*.

hombres no somos más que monos más ó menos civilizados? ¿Si sólo las mujeres serán criaturas de Dios, y los hombres habremos brotado como hongos debajo de las encinas, y no deberemos nada al Supremo Hacedor de cielos y tierra? ¡Vaya un favor que nos hacen á los hombres; convertirnos en brutos irracionales, que son los únicos vivientes dispensados de tener religión!

Esos *sabios* despreocupados, cuando hablan de estas cosas, discurren maravillosamente... con los pies.

Porque, vamos á ver. Ó la Religión es verdad ó es mentira: si es mentira, está de sobra para los hombres y para las mujeres; pero si es verdad, la necesitan los hombres y las mujeres, y los hombres tanto más cuanto sus pasiones son más violentas, sus medios de obrar más fuertes, sus ocupaciones más importantes, sus obligaciones más graves, sus vicios más dañosos y sus peligros más continuos.

¿O es que queréis alimentar con paparruchas á las pobres mujeres, y hacerlas comulgar con ruedas de molino, como si

ellas no tuvieran inteligencia, y á veces superior á la de los hombres?

Pero dicen que la Religión sirve, sí, para hacer á las mujeres honradas y buenas, ya que mujer sin religión y sin Dios corre mucho riesgo de ser mujer sin honra y sin pudor. En efecto: así es; pero es el caso que al hombre le pasa lo propio, porque lo que es el pudor para la mujer, es para el hombre la conciencia. Porque es verdad que si hombres y mujeres todos tenemos deberes arduos y penosos que cumplir en esta vida, no lo es menos que los hombres somos, por naturaleza, los maestros, los tutores y los defensores de las mujeres.

De los hombres salen los sacerdotes, ministros de Dios; los soldados, defensores de la patria; los jefes naturales de la familia; los gobernadores de los pueblos. Quien crea que se puede ser buen militar, buen padre de familia y buen gobernante sin tener religión, cree un disparate enorme, que no cabe en ninguna cabeza sana.

Ahora bien: si tanto mayor ayuda se necesita para una obra cualquiera cuanto la obra es más difícil y mayores y más nume-

rosos los peligros que hay de ejecutarla mal, tanto más necesaria tiene que ser la Religión para que los hombres ejecuten bien las obras que son propias de su sexo, mucho más difíciles y mucho más peligrosas que las de las mujeres.

Que la Religión es buena para hacer cumplir deberes á alguien, es cosa que no niega quien concede que para las mujeres es buena. Y si es buena para que, enseñadas y dirigidas por ella, cumplan las mujeres con las obligaciones de su sexo, ¿qué le falta para poder enseñar y dirigir á los hombres en el cumplimiento de sus deberes? Dios, al dictar su ley, ¿crees tú que hablaba sólo con la mitad del género humano? Eso sería muy cómodo, pero es muy tonto y falso.

Desengañémonos: para los hombres como para las mujeres, hay un Dios á quien adorar y servir, un alma que salvar, vicios que huir, virtudes que practicar, un cielo que merecer, un infierno que evitar, un juicio supremo que temer, y una muerte que sin cesar nos amenaza, que no sabemos cuándo llegará, y para la cual hay que estar preparados. Por los hombres y por las

mujeres murió en la cruz Nuestro Señor Jesucristo, y á unos y á otros tocan sus divinos mandamientos.

La Religión es buena para todo el mundo; ¿y sabes quién la necesita más que nadie? Los que dicen que á ellos no les hace falta. Los que más la necesitan son los que menos la quieren.

Pero puesto que, en efecto, es muy verdad que la Religión sirve para las mujeres, aunque es falsísimo que sólo sirva para ellas, te quiero explicar, amigo lector, de dónde ha tomado origen y cuerpo esa opinión de que las mujeres deben ser buenas cristianas y servir á Dios, pero que los hombres pueden ser... cualquier cosa y servir aunque sea á Satanás. Pues, mira; he aquí la verdad sobre esta materia.

Si la mujer tiene necesidad de Religión, no es únicamente por la razón general de que todos cuantos gozan del ser, de la vida y de la inteligencia deben reconocer la dependencia en que se hallan de su Criador, sino también por razones peculiares de su sexo.

La debilidad y flaqueza natural hacen que la mujer sienta con más viveza la ne-

cesidad que tiene de la protección divina, y la estrechan más íntimamente con Dios. El predominio que el afecto ejerce en ella sobre el racioninio, es causa de que su corazón se dirija sensiblemente, y como por una fuerza irresistible, á la Religión; si ese corazón no está enteramente dañado y corrompido, no pueda tener paz y felicidad sin Dios. Pero, sobre todo, tiene una necesidad imperiosa del afecto religioso por otra disposición amorosísima de la Providencia divina.

Dios ha destinado á la mujer por medio de la naturaleza á dos nobilísimos oficios: al arduo y largo ministerio de educar á la prole en aquellos primeros años en que los cuidados maternos pueden imaginarse pero no describirse, y además á ser la maestra natural de la misma para infundir el primer germen de la virtud y de la Religión en aquellos corazones inocentes. Para facilitarle el cumplimiento de este alto encargo, la divina Providencia le preparó con un corazón muy tierno y muy afectuoso, para que con más suavidad llenase sus deberes, y con más constancia perseverase en tan prolongado trabajo. De ahí proviene que,

cuando la mujer dirige su corazón tan afectuoso á los ejercicios de piedad para con Dios, experimenta un sentimiento más tierno, un amor más sensible, y con mayor ímpetu es transportada hacia todo aquello que se dirige al honor y culto divino. Por estas razones, es muy cierto que la mujer tiene una necesidad muy peculiar de la Religión.

Esa es la causa por qué horroriza ver á una mujer hacer eco á los libertinos y burlarse con ellos de la Religión. Para llegar á tal infamia, la mujer, no sólo debe perder todo temor, todo respeto, todo amor á lo santo y bueno, sino que debe además despojarse de todo pudor, que es, sin embargo, el honor á su sexo; debe, por decirlo así, transformar su carácter y su corazón, y después de haber sofocado todos los remordimientos de su conciencia, debe todavía conculcar los afectos más puros que le sugiere la misma naturaleza.

Que una serpiente dé silbidos y derrame veneno causa horror, mas no admiración, porque es propio de la serpiente; mas si se viese que una paloma hacía otro tanto, eso

causaría horror, y sería además una extraña maravilla, porque se vería en tal fenómeno la violación de las leyes de la naturaleza, la cosa más opuesta á la índole de la paloma.

Es esto tan cierto, que el blasfemo más impudente que han conocido los siglos, el tristemente célebre Proudhon, habiendo sabido que ciertas señoras que habían caído en el abismo de la irreligión hacían alarde de su impiedad por medio de un periódico impío que dirigía, les amonestó que se contuvieran, porque hasta los hombres más desalmados se indignaban al oirlas y las miraban con asco. Es, pues, muy cierto que la Religión es buena, y muy buena para las mujeres.

III

Yo, ni robo, ni mato... Soy un hombre honrado; con esto basta y sobra.

EXCELENTE discurso! ¿Y quién te ha facultado á ti para reducir á dos los mandamientos del Decálogo? Si Dios ha querido que sean diez, ¿se han de suprimir ocho por la sencilla razón de que á ti, ó te estorben, ó no te convengan? ¿O te figuras

tú que se puede trampear con las leyes de Dios como con las leyes humanas, y entrarse en el cielo de matute con tal que no seas ni ladrón ni asesino? ¡Conque con ser honrado basta, y aun sobra!



Yo, ni robo, ni mato...

Hombre, sí; para que no te ahorquen basta, pero para ganar el cielo no; basta para contentar á los hombres acá abajo, pero no para satisfacer allá arriba á Dios, tu Juez Soberano.

Ante todo vamos á arreglar tú y yo unas cuentas: sepamos qué es lo que tú llamas *un hombre de bien*. Porque ésta es una palabra de goma elástica que, estirándola, es- tirándola, puede ser que te haga llamar

hombre de bien á un bribón de siete suelas.
¿Qué te parece de ese mancebito que,



¿Qué te parece ese mancebito que, garrote en mano...
anda á picos pardos?

mientras duermen sus padres, salta por la
ventana de su casa á media noche, y, ga-
rrrote en mano, se va por el pueblo, como

suele decirse, á picos pardos? ¿Te parece
este tal *un hombre de bien*?— «¡Vaya una
pregunta! (me responderás): las calaveradas
de muchacho á nadie le quitan ser un hom-
bre de bien: yo he tenido mis mocedades,
y lo que es por esto sólo no le toleraría yo
á nadie que me negase aquel dictado.»—
Está bien: ¿conque es decir que el esca-
parse de su casa á deshora de la noche, con-
tra la voluntad de sus padres, y burlando la
confianza con que se entregan al sueño,
para ir á trastornar los cascos á la hija del
vecino, ó algo peor que esto, todo ello te
tiene tan sin aprensión que ni siquiera te
parece ser cosa de confesar que es malo?

Sigamos. ¿Qué te parece de ese merca-
der que vende por cuatro reales lo que no
vale más que dos? ¿Y de aquel otro jorna-
lero que trabaja mucho menos cuando está
á jornal que cuando trabaja á destajo? ¿Y
de ese otro fabricante que, aprovechándose
de la ocasión, les da á sus obreros menos
jornal del que puede y debe darles?—Yo su-
pongo que tú no eres un hombre de tan poca
conciencia que me digas que todos éstos
obran honradamente; pero anda y pregún-

tales á ellos si se tienen por gente honrada, y todos te responderán que se creen tan *hombres de bien* como tú; que ellos están, como suele decirse, á su negocio, y que el ahorrar un poquito de aquí y otro poquito de allá para ganarse la vida no es motivo para poner en tela de juicio su hombría de bien.

A ese mocito descabezado que derrocha en cuatro días el caudal que le dejaron sus padres; á este otro viejo tacaño que en su vida ha dado una limosna; á aquel vecino tuyo que se pasa el día en la taberna, anda, vé y pregúntales si se tienen por *hombres de bien*. El uno te dirá que *él no gasta más que lo que es suyo*; el otro te responderá que *él no hace mal á nadie*, y el último se extrañará de que se pueda negar á un hombre el título de honrado porque le gusta empinar un poquito el codo.

Todos éstos, cuando les reconvenas por sus vicios y su conducta, cuando les digas que un *hombre de bien* no hace lo que ellos hacen, ni vive como ellos viven, todos te dirán que al que ponga en duda su honradez se la probarán á bofetadas y á tiros, si á mano viene. ¿No es eso lo que dicen?

Es decir, que para estos tales, en no robando y matando puede uno ser un perdido, un logrero, un libertino, un derrochador.

Es decir que en no haciendo una cosa por donde pueda ir á presidio ó al garrote, en no metiéndose con nadie para robarle el dinero ó para darle una puñalada, haga en todo lo demás lo que quiera, no hay motivo para que Dios le cierre la puerta de la gloria. De manera que, cuando se trate de juzgar á los hombres, no es ya el corazón lo que hay que mirarles para ver los vicios ó virtudes que en él abrigan, sino el pie para ver si llevan grillete. ¡Todo el que no haya estado en la cárcel por ladrón ó por asesino, será bueno para el cielo!

¡Vaya una manera de discurrir! ¡Buena está la Religión de estos dichosos *hombres de bien*! ¡Una Religión que deja á todo el mundo hacer lo que se le antoje, con tal que no robe ni mate! Esta no es Religión, sino una barbaridad abominable.

Pero aquí te estoy oyendo decirme: «Usted me pone por ejemplo á gentes que nadie puede llamar honradas; no, señor; yo llamo *hombre de bien* al que cumple con to-

das sus obligaciones, al que no causa mal á nadie y obra todo el bien que puede; á éste es al que yo llamo *hombre de bien*, tenga ó no tenga religión.»

Y yo te respondo á esto que, desde que el mundo es mundo, no ha habido, ni hay, ni habrá un hombre que, sin tener religión, sea tal como tú lo quieres; y que, si hubiese alguno, te debería causar más asombro que un hombre que viera sin tener ojos ó un peñasco donde naciese trigo.

Ven acá y dime: ¿conoces tú algún hombre tan perfecto que no tenga absolutamente ningún vicio, ninguna flaqueza, ninguna mala inclinación? Crees tú que, tales como somos los hombres, puede haber alguno que no incurra alguna vez ó que no se halle expuesto á incurrir, con el acto ó con el deseo, en pecado de soberbia, de ira, de envidia, de impureza, de avaricia, de pereza ó de gula?

Cuando menos, habrás de confesarme que el hombre más exento de estas culpas no está libre de tentaciones que le inclinen á cometerlas. Pues bien: ¿qué freno quieres tú que tenga un hombre para no entre-

garse á cualquiera de aquellos vicios? ¿De dónde quieres que le venga el socorro si su tentación le inclina á pecar, ó el remordimiento si ya ha pecado? ¿Quién le enseñará lo que es malo, y le impedirá ejecutarlo cuando ya lo sepa? ¿Será el temor de Dios? Lo será sin duda para un hombre religioso; pero estamos hablando de uno que no tenga ninguna religión. ¿Será su razón, su entendimiento de hombre? Esto fuera bueno si la propia experiencia no nos mostrase lo poco que vale la razón cuando la pasión se pone de por medio. Conque ¿quién será? Yo no encuentro más que el temor á la justicia. Y en este caso te digo: ¡Bendita Religión la que no tiene más freno para contener á los hombres que el bastón del alcalde de barrio ó la penca del verdugo! ¿Te acomoda á ti esa Religión? Pues que te haga buen provecho: mejor estoy con la mía.

Pero todavía quiero concederte más. Supongo el imposible de que hayas encontrado á un hombre que, sin tener religión, cumpla bien con las obligaciones de su estado, que sea buen padre de familia, buen marido, buen hijo, leal en sus tratos; en

una palabra, que sea todo lo que en el mundo se entiende por *un hombre de bien*. Pues bueno; aun supuesto este imposible, todavía te digo que no es bastante.

No, no es bastante; porque, aun suponiendo el imposible de que un hombre sin religión sea buen padre, buen marido, buen ciudadano, todavía le falta que cumplir la primera de sus obligaciones, la más grande, la más sagrada. Todavía le falta obedecer á Dios, que lo ha criado, que lo guarda y mantiene en este mundo; que le ha dado un alma racional para conocerle, ojos para ver sus obras y corazón para amarle. Todavía le falta dar gracias á este Dios bueno por los beneficios que le ha concedido, y pedirle su auxilio soberano para no caer en pecado, y adorarle y bendecirle como Él quiere y manda ser adorado y bendecido.

Si ninguna de estas cosas hace ese á quien tú llamas *hombre de bien*, comete la más fea de todas las faltas, tiene el más vil de todos los vicios, que es la *ingratitude*. La ingratitude, sí: porque ingratisimo es el hombre que para nada se acuerda del Padre celestial, á quien debe el ser, la vida, el

entendimiento, la salud, los bienes de fortuna, todo, pues para él se ha creado este mundo; para su provecho, para su comodidad, para su recreo, para él ha creado ese sol que le alumbra, y esa tierra que le da el sustento, y esas flores que alegran sus ojos; para él formó esos lazos tan dulces que le proporcionan el gozo de ser padre, de ser hermano, de tener amigos; por él, para salvarle y para hacerle heredero y participante de su gloria, descendió del cielo y tomó carne humana en las entrañas de una Virgen, y padeció y murió afrentado en un suplicio horroroso; para él dió su ley de amor y de paz, para él son sus bendiciones, su perdón, su misericordia...

¡Ah! ¿Y qué le da ese *hombre de bien*, qué le da, en cambio de tanto beneficio, á ese Dios, de quien no se acuerda siquiera, ó, lo que es mucho peor, de quien no se acuerda sino para despreciarle, para burlarse de su culto, y para escarnecer quizá á los que, más agradecidos que él, le ofrecen el tributo de una humilde adoración? ¡Desagradecido, sí; mil veces desagradecido! ¿Y es posible que nada tenga que echar-

se en cara? ¿Y tendrá valor para llamarse *hombre de bien*?

Hablemos claro: la *hombria* esta *de bien* que se quiere poner en un lugar de la Religión, no es más que una picardía inventada por los que tienen miedo y horror á sujetarse al dulce yugo cristiano. El cristianismo *lo hila*, como suele decirse, *muy delgado*, y á la gente de manga ancha le ha parecido conveniente desentenderse de él, y decir que está de sobra, y que á nadie le hace falta ninguna el ser cristiano con tal de que sea *hombre de bien*. Disparate tan grande como si dijéramos que á nadie le hacen falta los ojos para ver ó las piernas para andar.

IV

Un capítulo que no es sólo para el pueblo.

No has oído decir nunca, caro lector: ¡Oh! la Religión, la Religión es buena, es útil, necesaria *para el pueblo*? El pueblo sin religión se convierte en horda de salvajes, á los que solo se puede contener á palos y cañonazos. La Religión, el temor de Dios, es el mejor freno para el pueblo, y

desgraciada aquella nación en la que el pueblo pierde la idea de Dios. Con ella se va la idea de honradez, de moralidad y de virtud... y se convierte en merienda de negros.

Y sobre ese tema hacen toda clase de variaciones, que todas se vienen á reducir á hacer creer que la Religión es la mejor policía, el mejor cuerpo de guardias civiles que se ha inventado. Porque, casi siempre, esa idea verdadera de que la Religión es buena para el pueblo y necesaria, envuelve la falsísima idea de que al que no es pueblo maldita la falta que le hace. Como si la Religión fuera cosa de chaquetas y levitas, y no de deber y de conciencia. ¿Gastas levita y tienes cuatro cuartos tal vez adquiridos con trampas é ilícitas artimañas? ¿Eres *persona decente* y sabes saludar y hacer muchas reverencias en un salón? Pues entonces puedes ser un salvaje en lo del alma, y no tener más Dios que tus placeres ó tus caprichos. ¿Pero eres del pueblo, es decir, ganas el pan con el sudor de tu frente, y usas blusa y alpargatas, y no entiendes de tiquis miquis de cortesías y saluciones? ¡Ah! Entonces me conviene mucho que

se en cara? ¿Y tendrá valor para llamarse *hombre de bien*?

Hablemos claro: la *hombria* esta *de bien* que se quiere poner en un lugar de la Religión, no es más que una picardía inventada por los que tienen miedo y horror á sujetarse al dulce yugo cristiano. El cristianismo *lo hila*, como suele decirse, *muy delgado*, y á la gente de manga ancha le ha parecido conveniente desentenderse de él, y decir que está de sobra, y que á nadie le hace falta ninguna el ser cristiano con tal de que sea *hombre de bien*. Disparate tan grande como si dijéramos que á nadie le hacen falta los ojos para ver ó las piernas para andar.

IV

Un capítulo que no es sólo para el pueblo.

No has oído decir nunca, caro lector: ¡Oh! la Religión, la Religión es buena, es útil, necesaria *para el pueblo*? El pueblo sin religión se convierte en horda de salvajes, á los que solo se puede contener á palos y cañonazos. La Religión, el temor de Dios, es el mejor freno para el pueblo, y

desgraciada aquella nación en la que el pueblo pierde la idea de Dios. Con ella se va la idea de honradez, de moralidad y de virtud... y se convierte en merienda de negros.

Y sobre ese tema hacen toda clase de variaciones, que todas se vienen á reducir á hacer creer que la Religión es la mejor policía, el mejor cuerpo de guardias civiles que se ha inventado. Porque, casi siempre, esa idea verdadera de que la Religión es buena para el pueblo y necesaria, envuelve la falsísima idea de que al que no es pueblo maldita la falta que le hace. Como si la Religión fuera cosa de chaquetas y levitas, y no de deber y de conciencia. ¿Gastas levita y tienes cuatro cuartos tal vez adquiridos con trampas é ilícitas artimañas? ¿Eres *persona decente* y sabes saludar y hacer muchas reverencias en un salón? Pues entonces puedes ser un salvaje en lo del alma, y no tener más Dios que tus placeres ó tus caprichos. ¿Pero eres del pueblo, es decir, ganas el pan con el sudor de tu frente, y usas blusa y alpargatas, y no entiendes de tiquis miquis de cortesías y saluciones? ¡Ah! Entonces me conviene mucho que

seas un ser religioso, porque, si no, el mejor día se te ocurre merendarme, y, ¿qué será de mí, que soy un alfeñique, entre tus encallecidas manos de gigante? Nada, nada, sé muy cristiano; cree en Dios, que manda que me respetes y no me robes, y, sobre todo, que hay *para ti* un infierno si no eres lo que á mí me conviene. En cuanto á mí, ya es otra cosa. Yo puede creer ó no creer, ser cristiano ó ser ateo...; eso de la Religión, y sobre todo del infierno, no reza conmigo. Pues qué, ¿*allá* no habrá también ciertas atenciones para las *personas decentes*?

Esta es, pues, la teoría de muchos.

Que solamente el pueblo tiene obligación de no mostrarse impío con Dios, pero que todos los demás que no son pueblo pueden insultar cuanto quieran á la Divinidad; que hay criaturas que pueden renegar de su Criador, hijos que pueden deshonorar á su Padre, redimidos que pueden desconocer á su Redentor, *porque no pertenecen al pueblo*.

Que solamente el pueblo tiene necesidad de evitar los males eternos; que la misma razón natural, y otras muchas pruebas de todogénero, demuestran que son inevitables

para todos los que niegan á Dios el honor que le es debido, y que los demás que no son pueblo pueden arrojarse á la ventura en un mar de penas por toda una eternidad, como no lo haría ni un frenético, como si el infierno no fuese para los que no son pueblo.

Que solamente el pueblo tiene la desgracia de cometer pecados, y, por consiguiente, el deber de humillarse delante de Dios para pedirle perdón y alcanzar su misericordia; los que no son *pueblo* son unos santos benditos é impecables.

Estas y otras muchas cosas semejantes quiere significar aquella expresión: que *la Religión es buena solamente para el pueblo*. ¿Quieres saber, querido lector, lo que hay en esta materia? Pues escucha.

Es muy cierto que la Religión es buena para el pueblo. Es buena para el pueblo porque el pueblo se compone de hombres que son criaturas de Dios, destinadas por su Providencia á la patria celestial; que necesitan por tanto el auxilio divino, que es el medio indispensable para llegar á tan dichoso término. Es buena para el pueblo porque el pueblo tiene pasiones que combatir, y éstas

sólo ceden al poderoso influjo de la Religión. Es buena para el pueblo porque el pueblo tiene que llevar con resignación las privaciones inseparables de su estado; porque muchas veces le falta el pan, el vestido, la habitación; con frecuencia se ve agobiado del trabajo y del cansancio, y tiene necesidad de consolar la vida presente con la esperanza de la futura; olvidarse de la tierra con la perspectiva del cielo.

Es buena para el pueblo porque tiene que sufrir con paciencia los desprecios, las injurias, las vejaciones, las extorsiones de sus mentidos amigos y protectores, que ponen á prueba todo su sufrimiento. Es buena para todo eso, ¡oh, y cuán buena! Sería, por tanto, de desear que ciertos malvados no empleasen todos sus esfuerzos en quitar al pueblo sus sentimientos religiosos, y que, mientras se fingen amigos del pueblo, no fuesen en realidad verdaderos traidores del mismo pueblo, que tanto halagan. ¡Ojalá comprendiesen que si la verdad y la justicia no les hace mella, al menos su propio interés debería determinarlos á no quitar al pueblo su moralidad y honradez!

Pero, con todo eso, la Religión no es menos necesaria para aquellos que *no son pueblo*; antes bien éstos tienen de ella una necesidad mucho mayor, porque deben moderar la vanidad, que casi siempre va unida con la riqueza; tienen que refrenar el orgullo, que más fácilmente se introduce en los palacios que en las chozas; reprimir la avaricia, que suele crecer donde halla mayor materia en que cebarse; sobre todo tienen que resistir á la concupiscencia, que halla mayor excitación donde es mayor el ocio, más exquisitos los manjares, más copiosos los licores, más alegres las reuniones, más libres los bailes, los teatros, las diversiones públicas, más peligroso el trato social. Todos éstos tienen mayor necesidad de religión, porque ordinariamente están expuestos á tentaciones más fuertes, á caídas más frecuentes, á culpas más graves de las que tiene el pobre pueblo; por lo cual, si creen que el pueblo tiene necesidad de religión, sea en hora buena; pero deben persuadirse que también á ellos les conviene la Religión, y que no se han de desdeñar de compartir con el pueblo las prácticas religiosas.

Diga Ud. lo que quiera, la mejor Religión es hacer á nuestros semejantes todo el bien que podamos.

ENTENDÁMONOS. ¿Quieres decir con esto que basta y sobra hacer el bien que podamos á los demás para ser completamente religiosos? Pues dices un desatino. ¿Quieres decir que para ser verdaderamente religiosos debemos hacer todo el bien que podamos? Entonces dices mil veces bien, y no haces sino repetir lo propio que nuestra Religión nos enseña.

Si sabes, como creo, el *Catecismo de la Doctrina Cristiana*, recordarás que después de los Mandamientos de la Ley de Dios hay un parrafito que dice:

«Todos estos Mandamientos se encierran en dos: en servir y amar á Dios, y al prójimo como á nosotros mismos.»

Es decir, que al principio mismo de la Doctrina cristiana te encuentras ya eso que tú quieres; y te lo encuentras tan bien recalcado, que no sólo se te manda hacer á tu prójimo todo el bien que puedas, sino todo el que te harías á ti mismo cuando te hallaras en su caso.

Pero fíjate bien: al propio tiempo, y aun antes de mandarte que ames y sirvas á tu prójimo como á ti mismo, se te manda que ames y sirvas á Dios, y se te enseña que en estos *dos* Mandamientos se encierran todos los demás. *En estos dos*, ¿entiendes? Como si dijéramos, no en uno sólo, sino en ambos. Es decir, que no basta amar y servir á Dios sólo, ó sólo al prójimo, sino que es menester amar y servir juntamente á Dios y al prójimo.

¿Sabes lo que, bien entendido, quiere decir esto? Pues quiere decir una cosa que la razón enseña desde luego, y que además está probada por la experiencia, y es que el que no ama y sirve á Dios, tampoco ama ni sirve al prójimo; y que el que no ama y sirve á su prójimo, tampoco suele amar ni servir á Dios. O para que lo entiendas mejor: todo el que tiene religión es necesariamente benéfico, así como ninguno que sea verdaderamente benéfico puede dejar de tener verdadera religión.

En resumen: el amor juntamente á Dios y al prójimo son tan necesarios para ser verdaderamente religiosos, como son nece-

sarias para andar las dos piernas, como es necesario para cosechar trigo tener simiente y tierra.

Ama á Dios, y ten por seguro que amarás y servirás á tus semejantes; *ama á tu prójimo*, y ámalo tan verdaderamente que sea *como á ti mismo*, y yo te aseguro que también amas á Dios.

Pero repara que, aunque estos dos amores van inseparablemente juntos, el amor á Dios va delante del amor del prójimo; lo cual quiere decir que si el segundo es camino derecho para llegar al primero, el primero es la causa, el principio, el fundamento del segundo.

¿Me dices que hay ó ha habido un solo hombre que ame á Dios, es decir, que tenga religión y que no sea benéfico? Yo te respondo con toda seguridad que es mentira; que ni hay, ni ha habido, ni puede haber semejante hombre.

¿Me dices (y éste es el caso de que tratamos) que hay ó ha habido un hombre verdaderamente benéfico que, sin embargo, no tenía ó no tiene religión? Mentira, y mentira, y mentira. Para convencerte respónde-

me á esta pregunta: ¿Qué entiendes tú por un hombre verdaderamente benéfico?

Yo supongo que hayas conocido á alguno que, sin cuidarse nada de la Religión, sea generoso con los pobres.

Pero dime ahora: ¿estás seguro de que este hombre benéfico servirá con el mismo amor y con la misma generosidad á un enemigo suyo que á un amigo? ¿Estás seguro de que no se retraerá de hacer sus beneficios si teme que no han de agradecérselos? ¿Estás seguro de que al hacer sus beneficios no se lleva ninguna mira humana, ni la de ganarse amigos, ni la de merecer las alabanzas del mundo? ¿Estás seguro de que no hace el bien por cálculo, para evitar algún mal que teme le suceda si no le hace?

Y aun suponiendo que estás seguro de todo esto, ¿lo estás igualmente de que, llegado el caso, aquel hombre á quien ves dar generosamente á los pobres su dinero, les daría del propio modo su paciencia para aguantarlos si le insultaban? ¿Estás seguro de que entraría en la miserable y hedionda cueva de un mendigo á sufrir sus olores pestilentes, á curarle sus llagas, á darle

ánimo con sus exhortaciones, á consolarle con sus palabras? Y aun suponiendo que nuestro hombre benéfico fuese capaz, en un día dado, en una ocasión determinada, de hacer todas estas cosas, ¿estás seguro de que las haría en todos tiempos y ocasiones, sin quejarse, sin cansarse, sin impacientarse nunca, y no solamente no disgustándose de ello, sino teniendo mucho gusto en sufrirlo y deseando que dure?

La beneficencia de tu hombre benéfico, ¿es tan grande que alcanza toda esa altura? Ya veo que no te atreves á decirme que sí; pero yo en cambio te digo que no.

Y ahora te añado que esto, que no es capaz de hacer tu hombre benéfico sin religión, son capaces de hacerlo, y lo hacen, y lo han hecho, y lo harán perpetuamente, todos los hombres de caridad cristiana. ¿Qué digo todos los hombres? Lo hacen á todas horas esas mujeres de bendición, esos ángeles de la tierra, esas Hermanas de la Caridad, Hermanitas de los Pobres, etc., etc., corona santa de la gran beneficencia católica, esperanza del porvenir, consuelo de esta edad tan corrompida.

¿Concibes tú Hermanas de la Caridad que no tengan religión? Pues si no fuese por amor á Dios, ¿quién les daría esa fortaleza, esa resignación, esa dulzura y esa constancia con que desempeñan sus penosísimas funciones?



Santa Isabel, reina de Hungría, lavando á los leprosos.

No me hables, pues, de hombres verdaderamente benéficos sin religión, porque no los hay; porque es lo mismo que si me hablaras de música que suena sin instrumentos ó de flores que brotan sin tallo.

¿Queréis saber la diferencia que hay entre la beneficencia que se ejerce sin caridad, es decir, sin religión, y la que se ejerce con caridad, es decir, por amor del prójimo en Dios y por Dios? Pues mira por un lado cuán escasos y cuán tibios son los hombres benéficos de tu gusto, y cuán numerosos y verdaderamente admirables son la multitud de santos que pasaron su vida entera sirviendo á los pobres, un San Juan de Dios, un San Vicente de Paúl, una Santa Isabel de Hungría, y tantos otros, ó por mejor decir, todos, pues la vida de todos se distingue principalmente por su gran caridad.

Mira ahora por otro lado cuán numerosas, y qué bien fundadas, y qué duraderas han sido tantas casas de caridad, hospitales, hospicios, escuelas, como ha fundado la Iglesia católica, y echa después una ojeada sobre estos otros *establecimientos de beneficencia* fundados por lo que en nuestro tiempo se llama *filantropía*, es decir, amor á los hombres, y á tu buena fe dejo el decidir si en ellos se socorre á los necesitados con tanta abundancia, tan á tiempo y con tanto amor como lo ha hecho la Iglesia en otros

tiempos, cuando no era perseguida, humillada, escarnecida y despojada, como lo ha sido por los charlatanes de la *filantropía*.

Desengáñate: todos los discursos más pulidos, los sistemas de beneficencia mejor combinados, los esfuerzos más grandes, no conseguirán nada que haga verdadero bien á los hombres si no se apoyan en la Religión, si no se alimentan con el jugo de la doctrina católica, si no tienen por principio y por fin el amor á Dios junto con el amor del prójimo.

VI

Y diga Ud., ¿y por qué, en lugar de estarnos hablando siempre de la otra vida, no trata la Religión algo más de ésta y cuida de que no haya pobres?

Y quién dice que la Religión no cuida nada de los intereses del hombre en esta vida?—Respóndeme: ¿no es la Religión la que enseña á tu mujer que sea casta y hacendosa, á tus hijos que sean sumisos á tu autoridad y agradecidos á tus beneficios de padre, á tus criados que sean obedientes y celosos por los intereses de tu hacienda y de tu honra? ¿No es la Religión la que

con sus enseñanzas y avisos ataja los pasos del ladrón que va á robarte y del enemigo que quiere quitarte la vida? ¿No es la Religión la que, santificando el matrimonio de tus padres, ha hecho que tú seas hijo legítimo? ¿No es ella la que te manda mirar con amor y adoptar como hijo tuyo al desgraciado que ignora quiénes son sus padres?

¿No es ella la que manda al comerciante ser honrado en sus tratos, al juez ser justo en sus sentencias, al médico ser celoso en asistirte, al abogado ser fiel defensor de tu hacienda y de tu honra? En resumen: ¿no es la Religión bastante eficaz para hacer que los hombres cumplan fielmente cada cual las obligaciones de su estado? Y el hecho sólo de que cada cual cumpla sus obligaciones respectivas, ¿no es ya un medio seguro é infalible de que se conserven y aumenten los intereses de todos en esta vida?

No; la Religión no descuida nuestros intereses de aquí abajo; como que es uno de sus medios para cumplir el que de todos modos es su oficio propio y su principal objeto, á saber: mostrarnos el camino de la eterna bienaventuranza. Porque esto es lo que la

Religión se propone en primer lugar: hacernos buenos, ricos, dar á nuestras almas la virtud y la paz en este mundo, y dirigir las de manera que ganen la paz perdurable del otro. ¿No te parece bastante noble esta ocupación? ¿No te parece que es algo más importante prepararnos una habitación eterna en el cielo, que proporcionarnos en la tierra las comodidades y riquezas tan codiciadas por el mundo?

Pero tú me dices que la Religión debía cuidar de que no hubiera pobres, de destruir la miseria. Y yo te respondo en primer lugar que nadie hace tanto como la Religión para lograr este fin *en cuanto es posible*. ¿Quién sino la Religión hace que el rico busque al pobre para socorrerle, para servirle y para consolarle? ¿Quién sino la Religión hace que á su vez el pobre aprenda en el ejemplo de Jesucristo, no solamente á llevar con paciencia, sino con gusto, sus trabajos y privaciones, seguro como está de que su misma resignación ha de abrirle las puertas del cielo? ¿Quién sino la religión sabe encontrar recursos tan abundantes para librar de la miseria y para

socorrer á los menesterosos, en esa multitud de hospicios, hospitales y fundaciones caritativas de toda especie como hay en todas las naciones cristianas?

Si á pesar de toda esta solicitud no consigue la Religión extirpar enteramente la miseria, es por la sencillísima razón de que la miseria no puede ser nunca enteramente extirpada siendo, como son, permanentes las causas que la producen.

La primera de estas causas es la desigualdad que la misma naturaleza ha puesto entre los hombres, y que hace que unos tengan más robustez, más fuerza, más talento, más economías y más salud que otros. Hoy día se habla mucho de *igualdad*, y con esta palabrota...

—Oiga, caballero, pare Ud. los pies. Creo que no estará Ud. quejoso de mí, pues con más tranquilidad que yo nadie habrá escuchado á Ud. nunca; pero no puedo transigir con que llame Ud. palabrota á eso de la igualdad.

—¿Conque hablas formalmente?

—¡Pues es claro! Porque una cosa es que yo vea sin género de duda que hasta

ahora hay un abismo entre nosotros y entre todos los que más nos han gritado *igualdad*, pues ellos han apandado con las ricas prebendas de ministerios, direcciones, consejos, embajadas y cesantías, mientras que nosotros nos hemos quedado *iguales* que estábamos...

—Pues, tonto, eso querían decir con la palabra *igualdad*: esto es, igualdad entre conmlitones, compinches y compadres mandones, para subir y repartirse y disfrutar; igualdad entre los desheredados de la suerte en el sufrirnos, y soportar las cargas anteriores agravadas con las nuestras.

Por eso te decía que con esa palabrota se quiere hacer creer posible lo que es imposible de suyo, y cabalmente una de las cosas imposibles es el que todos tengamos los mismos bienes de fortuna. Si tú eres más listo, más agudo, más fuerte, más activo que yo, ¿cómo he de ser yo tan á propósito como tú para ganarme la vida? Si no tengo otro modo de vivir más que mi trabajo, y mis necesidades han sido tales que no he podido hacer ningún ahorro, ¿quién evitará que yo caiga en la miseria el día que me dé una en-

fermedad ó cuando me ponga viejo? Tú ves que la Religión no puede impedir ninguna de estas desgracias, y, por consiguiente, tampoco puede impedir la miseria causada por ellas.

La segunda causa de la miseria es la mala conducta. ¿Cuántos no se pierden por sus vicios, éste por darse al vino, aquél al juego, el otro á gastarse su dinero alegremente en *juergas* y comilonas? Si muchos de los que se quejan á Dios por sus desgracias recordaran la vida que han llevado, verían que ellos solos tienen la culpa de lo que les sucede. Si fueran honrados cristianos, otro gallo les cantara.

—Me parece que al hablar del vino y del juego me ha mirado Ud. con más fijeza que antes.

—¿Te vas á dar por aludido? ¡Quisquilloso eres en verdad! Un hombre que no se contenta con partidas de dominó de á dos mil tantos, y que no bebe de cada sentada sino seis ú ocho *tintas*, no debe darse por aludido al hablar de vicio ni de juego.

—Veo que se pone Ud. en lo justo.

—Y además, y sobre todo, no hay que

olvidar que la pobreza, como las enfermedades y como todos los males que padecemos en este mundo, incluso la muerte, son consecuencias del pecado original. Todos al nacer traemos esta herencia, que nos dejaron nuestros primeros padres, y la Religión no puede impedir que la traigamos con todas sus consecuencias. Pero en cambio puede hacer y hace que nuestros padecimientos se conviertan para nosotros en medios de salvación.

Sí; porque los ricos se salvan teniendo caridad con sus hermanos los pobres, y los pobres se salvan sufriendo con resignación los trabajos que Dios les manda, y recibiendo con gratitud y humildad el socorro que les dan los ricos. Yo te aseguro que muy contado será el pobre sufrido y bueno á quien Dios no le ayude.

Que los ricos sean caritativos; que los pobres sean resignados y humildes. Con que se siguieran de este modo los consejos de la Religión, verías si era ó no bastante, ya que no para destruir enteramente la miseria, porque esto no es posible, al menos para disminuirla, para aliviarla y santifi-

carla, de modo que, en vez de ser un azote, fuera una gloria del mundo.

VII

Pues, señor, yo me formo acá mi religión, y la practico como me parece. Cada cual tiene su manera de servir á Dios.

Y A! Y tu manera es no servirle de ninguna. Lo mismo que tú piensan todos estos que salen por ahí predicando la *libertad de conciencia* y la *libertad de cultos*. Todos ellos entienden por estas *libertades* la de no tener ninguna conciencia y de no profesar culto ninguno.

¿Quién te ha dicho que cada cual es libre de servir á Dios como se le antoje? Esto fuera bueno si Él no hubiera dicho cómo quiere ser servido; pero lo ha dicho, y no se le puede ni se le *debe* servir ni se le sirve de otra manera que no sea la que Él quiere.

Me dices que éste es negocio, solamente tuyo, y yo te respondo que la yerras de medio á medio; porque antes que tuyo es negocio de la Iglesia, la cual, antes que tú nacieras y después que te hayas muerto, es la encargada y mandada de Dios para enseñarnos á todos cómo se le ha de servir. Á

ser de otro modo, de más estaba haber dicho, como dijo á sus Apóstoles, primeros Obispos de su Iglesia: *ID Y ENSEÑAD Á TODAS LAS GENTES Á OBSERVAR MIS MANDAMIENTOS. El que os escucha, me escucha; el que os desprecia, me desprecia; pues yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo.*

Esto es muy clarito, hijo mío, y no hay remedio: ó negar que ha sido dicho por el mismo Dios, ó confesar que no hay otra manera de servirle sino la que enseñan estos á quienes Él ha encargado de enseñarnos.

Si me niegas que esto ha sido dicho por el mismo Dios, te lo probaré en otra conferencia. Pero si me lo confiesas, entonces te digo y concluyo:

Que el que no cree las verdades contenidas en el *Credo* y explicadas en el *Catecismo*; el que no guarda con la mayor fidelidad los Mandamientos de Dios y de la Iglesia; el que no procura ser casto, dulce, humilde, sumiso, sobrio, caritativo, en fin, como la Iglesia le manda entender y practicar estas virtudes cristianas; el que, por último, no implora y busca el auxilio divino con la oración y Sacramentos que le

carla, de modo que, en vez de ser un azote, fuera una gloria del mundo.

VII

Pues, señor, yo me formo acá mi religión, y la practico como me parece. Cada cual tiene su manera de servir á Dios.

Y A! Y tu manera es no servirle de ninguna. Lo mismo que tú piensan todos estos que salen por ahí predicando la *libertad de conciencia* y la *libertad de cultos*. Todos ellos entienden por estas *libertades* la de no tener ninguna conciencia y de no profesar culto ninguno.

¿Quién te ha dicho que cada cual es libre de servir á Dios como se le antoje? Esto fuera bueno si Él no hubiera dicho cómo quiere ser servido; pero lo ha dicho, y no se le puede ni se le *debe* servir ni se le sirve de otra manera que no sea la que Él quiere.

Me dices que éste es negocio, solamente tuyo, y yo te respondo que la yerras de medio á medio; porque antes que tuyo es negocio de la Iglesia, la cual, antes que tú nacieras y después que te hayas muerto, es la encargada y mandada de Dios para enseñarnos á todos cómo se le ha de servir. Á

ser de otro modo, de más estaba haber dicho, como dijo á sus Apóstoles, primeros Obispos de su Iglesia: *ID Y ENSEÑAD Á TODAS LAS GENTES Á OBSERVAR MIS MANDAMIENTOS. El que os escucha, me escucha; el que os desprecia, me desprecia; pues yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo.*

Esto es muy clarito, hijo mío, y no hay remedio: ó negar que ha sido dicho por el mismo Dios, ó confesar que no hay otra manera de servirle sino la que enseñan estos á quienes Él ha encargado de enseñarnos.

Si me niegas que esto ha sido dicho por el mismo Dios, te lo probaré en otra conferencia. Pero si me lo confiesas, entonces te digo y concluyo:

Que el que no cree las verdades contenidas en el *Credo* y explicadas en el *Catecismo*; el que no guarda con la mayor fidelidad los Mandamientos de Dios y de la Iglesia; el que no procura ser casto, dulce, humilde, sumiso, sobrio, caritativo, en fin, como la Iglesia le manda entender y practicar estas virtudes cristianas; el que, por último, no implora y busca el auxilio divino con la oración y Sacramentos que le

propone la Iglesia, este tal *no sirve á Dios*, sino á su amor propio y á su propio capricho. ¿Dice que tiene religión? Falso. ¿Dice que es cristiano? Blasfemia.

No hay más que una Religión, ni más que un Cristianismo. Ó ser cristiano como la Iglesia lo enseña, ó condenarse uno á sí propio ante el tribunal de Dios.

VIII

Napoleón el Grande predica ia Religión desde su lecho de muerte.

QUIÉN no ha oído hablar de este célebre ambicioso, que llegó á dominar á casi todo el mundo?

En medio de sus victorias innumerables y de sus tristes extravíos, jamás dejó de conservar en el fondo de su alma la fe de sus padres y el mayor respeto á la Religión.—«Yo soy, decía, católico apostólico romano; mi hijo lo es también, y tendría un pesar muy grande en que no pudiera serlo también mi nieto.»—«De todos los bienes, añadía, que yo he hecho á la Francia, el mayor es haber restablecido en ella la Religión católica. Sin la Religión, ¿qué sería

de los hombres? Se harían pedazos unos á otros por llevarse cada cual la mujer más hermosa ó por comerse la pera más gorda.»

Dios quiso un día humillar la arrogancia de este conquistador ambicioso, y haciéndole perder en sólo una batalla el poder



Napoleón predica la Religión en su lecho de muerte.

y el trono, permitió que sus enemigos le encerraran en la isla de Santa Elena. Allí fué donde más pensó en la Religión católica, y con su inmenso talento comprendió y confesó que era la única, verdadera y santa. Frecuentemente hablaba de ella con el sacerdote, á quien había llamado para que le dispensara en

aquel destierro sus auxilios espirituales; oía Misa diaria en su capilla, y tenía sumo cuidado en encargar á su cocinero que no le sirviese carnes en los días de vigilia. Las personas que le acompañaban estaban maravilladas del fervor y grandeza con que proponía y explicaba las verdades fundamentales del Catolicismo.

Cuando le anunciaron que su muerte estaba cerca, despidió á sus médicos; y habiendo mandado llamar á su capellán, el presbítero Vignali, le dijo estas solemnes palabras: — «Padre capellán, yo creo en Dios, y quiero á la hora de mi muerte recibir los auxilios de la santa Religión en que he nacido.» — Efectivamente: el Emperador se confesó, y cuando después hubo recibido el Viático y la Extremaunción, dijo al general Montholon, que era uno de los que le acompañaban en la isla: «No puede Ud. figurarse, General, qué gozo tan grande me causa haber cumplido mis obligaciones de cristiano: cuando le llegue á Ud. su última hora, quiera Dios concederle tanta dicha como á mí...» «Cuando estaba yo en el trono había descuidado bastante este negocio, porque las glo-

rias del mundo me tenían embebido. Pero, con todo, jamás he renegado de mi fe: cada que vez oía una campana ó veía un sacerdote, sentía dentro de mí un gozo inexplicable. He cometido la cobardía de ocultar á todo el mundo estos sentimientos, como si hubiera sido una deshonra; pero ahora me acuso públicamente de esta flaqueza, y quiero alabar á Dios y pedirle misericordia.»

Dicho esto, mandó que en el cuarto inmediato á su alcobale pusieran un altar con el Santísimo Sacramento, donde se celebraron las Cuarenta Horas, y mientras se celebraban dió el último aliento.

Así murió Napoleón, el que juzgaba estrecha la tierra para su ambición y orgullo; el capitán más ilustre que ha tenido Francia.



INDICE

	<u>Págs.</u>
I.— La Religión pasó de moda.....	3
II.— Si es verdad que la Religión sólo sirve para las mujeres.....	21
III.— Yo, ni robo, ni mato... Soy un hombre honrado ; con eso basta y sobra.....	28
IV.— Un capítulo que no es sólo para el pue- blo.....	38
V.— Diga Vd. lo que quiera, la mejor Reli- gión es hacer á nuestros semejantes to- do el bien que podamos.....	44
VI.— Y diga Ud., ¿y por qué, en lugar de estar- nos hablando siempre de la otra vida, no trata la Religión algo más de ésta y cuida de que no haya pobres?.....	51
VII.— Pues, señor, yo me formo acá mi reli- gión, y la practico como me parece. Cada cual tiene su manera de servir á Dios.....	58
VIII.— Napoleón el Grande predica la Religión desde su lecho de muerte.....	60

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APOSTOLADO DE LA PRENSA

El objeto de esta publicación es el de propagar, entre las clases obreras sobre todo, buenas lecturas, encaminadas principalmente á contrarrestar la propaganda incesante de la prensa impía.

La Junta de Gobierno escogerá, después de maduro examen, los impresos que se han de divulgar, acomodados siempre por su solidez, sencillez y gracia á las necesidades morales y gusto del pueblo, y pondrá sumo empeño en elegir personas que discreta y útilmente los repartan, de modo que sean leídos y dé su lectura el deseado fruto. Aquellas personas que, ó por su vocación, ó por su celo, están en contacto con los pobres é ignorantes, merecerán para este oficio la preferencia.

VAN PUBLICADOS

- EL PORQUÉ DE LA RELIGION. — (3.^a ed.)
- MAS SOBRE LA RELIGION. — (3.^a ed.)
- SI ES VERDAD QUE EXISTE DIOS. — (2.^a ed.)
- ¿QUE ES ESO DE LA CONFESION? — (2.^a ed.)
- BURGUESES Y PROLETARIOS. — (2.^a ed.)
- PAN Y CATECISMO. — (2.^a ed.)
- EL TERCERO, SANTIFICAR LAS FIESTAS.
- ¿QUIÉN HA VUELTO DEL OTRO MUNDO?
- ¿PARA QUE SIRVEN LOS CURAS?
- CATOLICOS Y MASONES.
- GUERRA A LA BLASFEMIA.
- CREO EN JESUCRISTO.

Cada obra forma un tomo en 8.^o mayor de 64 páginas, ilustrado con grabados.

Para los pedidos y suscripciones de esta obra de propaganda, dirigirse á la Librería Religiosa de Guillermo Herrero y Compañía, San José el Real, núm. 3, Méjico.